

Añil

convertir el terror y el dolor
en poesía audiovisual

Añil : turning terror and pain into audiovisual poetry



Añil (2023). **Guión y Dirección:** Julio López Fernández. **Testimonios:** Neris González y Rebeca. **Reparto:** Emy Mena, Larissa Maltez y Lilibeth Rivas. **Género:** Documental. **Duración:** 62 minutos.
País: El Salvador. **Producción:** Julio López Fernández, Paula Cuéllar. Basada en la investigación realizada por Paula Cuéllar para su tesis doctoral.

Añil (2023), de Julio López Fernández: convertir el terror y el dolor en poesía audiovisual

Añil (2023), by Julio López Fernández: turning terror and pain into audiovisual poetry

Guillermo Fernández

El terror que azotó América Central hace cuatro décadas no llegó del medio oriente. No tenía que ver con grupos que se proclaman islamistas. Ese terror, del cual aún quedan muchas trazas, fue impuesto por los que decían defender la democracia, la civilización cristiana y occidental, por aquellos que aseguraban proteger al ‘mundo libre’ del comunismo. Se aprendió en cursos intensivos de contrainsurgencia, implicó refinadas y a la vez brutales técnicas de tortura, impartidas por instructores estadounidenses. Sus practicantes sometieron a la población de Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras a un tenebroso castigo que se ensañó particularmente con las mujeres. Una vez que cumplieron su propósito, ahogar en sangre las rebeliones populares y la posibilidad de justicia social que alentaban a los movimientos insurgentes, llamaron a elecciones y celebraron que la democracia había llegado a la región.

Sin embargo, el dolor y el terror que impusieron dejó muchas huellas, quedó marcado en muchos rostros, seguía vivo y latente en muchos cuerpos, y en los ojos de los familiares de desaparecidos, en la piel de las mujeres violentadas. ¿Qué hacer ese dolor? ¿Qué hacemos con tanto dolor? ¿Qué hacemos con ese terror que nos acosó? ¿Qué hacemos con ese terror en que nos sumergieron? ¿Cómo procesarlo? He escuchado esas preguntas muchas veces. Yo mismo me lo he preguntado, y aún no he encontrado respuestas definitivas. Con mis interlocutores hemos coincidido que es un deber no olvidarlo, que las nuevas generaciones deben conocer esa realidad que constituye parte del pasado y del presente de las naciones centroamericanas.

Como respondiendo a estas mismas interrogantes, el director mexicano-salvadoreño Julio López Fernández, y su equipo de producción cinematográfica, integrado por Liliana Flamenco, Danelia Maya Aguirre; la investigadora salvadoreña Paula Cuellar, y las jóvenes actrices Emy Mena, Larissa Maltés y Lilibeth Rivas, ofrecen en el documental *Añil* (2023) los testimonios de Neris González y Rebeca, dos mujeres violentadas física y emocional, agredidas sexualmente durante la guerra civil vivida en El Salvador entre 1980 y 1992.

La obra destaca porque logra exponer la violencia y el terror experimentado por las víctimas a partir del testimonio de estas, expresado con sus propias voces, sin caer en el sensacionalismo, el morbo ni el recurso más cómodo y asequible, y quizás también más lógico, al que se incurre en otros documentales que han expuestos y denunciados los crímenes cometidos por las fuerzas contrainsurgentes en aquellos años, o la violencia de las maras y el narcotráfico en épocas más recientes. En *Añil* destaca el esfuerzo artístico, muy bien logrado, de todas las personas involucradas en la realización del filme.

Otro de los aciertos es el original recurso con el que López articuló el relato cinematográfico y dar voz a las víctimas de esas injusticias. El director, autor a la vez del guión, tomó el añil, un colorante prehispánico extraído de una planta (indigofera tintoria) que ha marcado la historia de salvadoreña. Durante el período colonial, el añil fue el principal producto de explotación y exportación en el territorio que hoy constituye El Salvador, generando los principales ingresos de comerciantes y autoridades coloniales asentadas en Guatemala. Así, mientras unos pocos se enriquecían, los pobladores de las comunidades indígenas eran obligados en trabajar en los obrajes, prácticamente como esclavos. Estos centros fueron escenarios de muchas violencias contra hombres y mujeres, y también contra la naturaleza. Esto justifica ese salto al pasado y su enlace con las violencias del presente, pues las violencias sufridas por Rebeca y Neris en muchos sentidos es la continuidad de la violencia impuesta tras la conquista y durante el período colonial. De ahí el nombre del documental.

Durante el diálogo con algunos espectadores, López lo explicó así: durante la realización tuvieron que enfrentarse al dilema de cómo presentar un testimonio de una de las víctimas que deseaba permanecer en el anonimato. ¿Cómo protegerla? Recordaron el caso de Sepur Zarco, una comunidad maya, donde un grupo de mujeres fueron secuestradas por oficiales y tropas del ejército guatemalteco después de asesinar a sus esposos. Las recluyeron en la base militar de la zona donde las mantuvieron como esclavas sexuales, además de obligarlas a lavar los uniformes y preparar las comidas para las tropas ahí asentadas. Cuando finalmente los responsables fueron llevados a juicio, estas mujeres -ahora señoras de la tercera edad- comparecieron en el juzgado con sus rostros cubiertos con los rebozos tradicionales de su comunidad. “Los salvadoreños no tenemos textiles mayas, pero tenemos el añil, que funciona en dos sentidos. Por un lado, a nivel estético, nos da un color, una línea, el del azul salvadoreño muy característico, pero también nos permitía hacer un ejercicio ensayístico que habla de la historia de El Salvador, que ha sido conformado desde la explotación de la tierra y de los cuerpos. Y esto nos permitió realizar también un cine ensayístico. Al inicio nadie entendía por qué el añil, pero nos dio la posibilidad de brindar un enfoque más poético y con una estética particular para contar esta historia.”

Y no se trata que haya edulcorado la historia pintándola de azul, pues esta mantiene todas su crudeza y llama a que seamos conscientes de la impunidad que gozan los perpetradores de aquellas atrocidades y también quienes les financiaron. El azul de añil tampoco modera la indignación que despierta en el espectador los relatos de las víctimas.

A Neris fuerzas policiales la capturaron a principios de 1980 y la mantuvieron en uno de los centros de tortura clandestinos manejados entonces por las Fuerzas Armadas y otros cuerpo de 'seguridad' salvadoreños. Capturada tras haber sido acusada subversiva y de comunista, su delito fue haberse dado a la tarea de alfabetizar y enseñar a sumar a los campesinos que recolectaban café y algodón en las haciendas del cantón donde habitaba. Esos campesinos eran sus propios vecinos, la gente de su comunidad, a los que también catequizaba. Aprovechando que esos trabajadores y jornaleros no podían realizar bien las cuentas, patrones y capataces les pagaban mucho menos de lo que les correspondía por el volumen de café o algodón recolectado. La intervención de Rebeca y otras catequistas, al enseñar a sumar a los campesinos, vino a obstaculizar ese injusto negocio de los poderosos. Hacendados y capataces le advirtieron que abandonara esa labor social, que ella realizaba motivada por su fe religiosa. Como no desistió, fue sometida a un brutal calvario: a pesar de sus ocho meses de embarazo fue violada durante varios días y noches. Luego, creyéndola muerta, la abandonaron en un tiradero de basura.

En este sentido, Añil no solo contribuye a exponer y denunciar la violencia y el abuso a los que fueron sometidas muchas mujeres como parte de la estrategia contrainsurgente empleada por las fuerzas de seguridad durante las rebeliones populares y el accionar guerrillero hace cuatro décadas en Centroamérica. También es un testimonio que contribuye a mantener la memoria acerca de cómo operaban y siguen operando las élites centroamericanas que en su discursos afirmaban defender la civilización occidental y los valores cristianos, mientras oprimían y robaban a las personas más débiles y menos favorecidas; y como se hicieron cómplices y patrocinadores de la represión, la violencia y hasta el asesinato de personas que, al igual que Neris, sólo reclamaban una justicia elemental. Neris fue discípula del padre Rutilio Grande, logró sobrevivir pensando en Jesucristo y también en su abuela, la fuerza espiritual y telúrica que la crió, y quién también supo de experiencias similares durante la represión militar que siguió al levantamiento indígena de 1932.

A Rebeca la capturaron pocos días antes de iniciar la ofensiva guerrillera "Hasta el tope y punto", lanzada por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en noviembre de 1989. Tenía apenas 19 años, y pertenecía a una familia integrada al movimiento revolucionario, lo que la obligó a vivir toda una década en la clandestinidad, "desde muy chiquita", afirma en su testimonio. Si cabe, puede decirse que su caso fue aún mucho más trágico. Tras afrontar y sobrevivir, "con la frente en alto", los ultrajes y violaciones a las que fue sometida por los guardias que la capturaron, fue nuevamente violentada por uno de sus responsables, el comandante guerrillero del campamento al que se sumó después de haber salido de prisión. Le tomó años procesar y admitir que lo que sufrió en ese campamento guerrillero, donde estaba con sus compañeros de armas y que para entonces constituían su familia, fue también una violación. Su jefe se aprovechó de su posición de mando, y a la fecha

se niega a aceptar los hechos y a llamarlos por lo que verdaderamente fueron: una flagrante violación sexual contra una joven compañera de la guerrilla, a quien también debía proteger.

Con este testimonio, Añil también pone sobre la mesa una de las tantas cuentas pendientes que aún tienen las fuerzas guerrilleras centroamericanas, y la izquierda en general en América Latina: afrontar y reconocer los delitos cometidos por muchos de sus integrantes, hombres que muy probablemente se destacaron en los combates y estuvieron dispuestos a entregar sus vidas por la revolución, pero que también fueron violentadores de sus compañeras mujeres. Y para subsanar de alguna manera estas situaciones también habrá que poner en práctica algunos mecanismos de reparación. Ventilarlos como ahora hace el documental es un primer buen paso en ese sentido, pero faltan muchos más y los más importantes, lo que al parecer todavía resulta muy difícil.

El testimonio de Neris y Rebeca son apenas dos de varias decenas de testimonios que recopiló Paula Cuellar como parte de su investigación doctoral. Su tema principal eran precisamente las acciones de violencia contra las mujeres cometidas por las fuerzas del Estado durante los años del conflicto. Pero, como ocurre con frecuencia a los investigadores, en el camino de sus indagaciones se encontró con casos como el de Rebeca, que había sido violada por su jefe guerrillero, y aunque estos hechos no eran una práctica institucionalizada en la guerrilla, obviamente no fue el único. Cuéllar comentó que al inicio de su trabajo contó con el respaldo del gobierno salvadoreño, entonces en manos del FMLN, pero que se le cerraron las puertas tras dar cuenta de sus hallazgos, buscar más información y querer obtener la versión u opiniones de ese partido. Su investigación fue obstaculizada y, asegura, que hasta recibió amenazas directas para que cesara su trabajo investigativo. Probablemente inspirada en la misma fuerza de sus testimoniados que sobrevivieron a la violencia, como Rebeca y Neris, pese a esos riesgos continuó y culminó su investigación, que sin proponérselo también se convirtió en la base de Añil, un documental que sin duda es importante que las nuevas generaciones de latinoamericanos se atrevan a mirar y analizar.

